

Jardín Capelo

Javier
Vásconez

JAVIER VÁSCONEZ

Javier Vásconez nació en Quito y estudió en España y París. En 1982 inició su trayectoria narrativa con *Ciudad lejana*, y en 1983 ganó la primera mención en la revista *Plural* de México con «Angelote, amor mío». Su obra comprende los libros de relatos: *El hombre de la mirada oblicua* (1989) y *Café Concert* (1994), y la novela *El viajero de Praga* (Alfaguara, 1996), que tuvo gran reconocimiento del público y de la crítica tanto en Hispanoamérica como en Europa. Ese mismo año, publicó la novela *El secreto*. Su antología de cuentos, *Un extraño en el puerto* (Alfaguara, 1998), significó un momento de madurez en su narrativa. En 1999 publicó *La sombra del apostador* (Alfaguara), novela que quedó finalista en el Premio Rómulo Gallegos. En 2003 publicó el cuento «Thecla teresina», en 2004 la compilación *Invitados de honor*, en 2005 su novela de espionaje *El retorno de las moscas* (Alfaguara) y en 2007 *Jardín Capelo*. En 2009 apareció en España una selección de sus cuentos bajo el título de *Estación de lluvia*. En 2010 publicó *La piel del miedo*. El Fondo de Cultura Económica publicó en 2016 *Novelas a la sombra* con el prólogo de Christopher Domínguez. En 2017 Pre-Textos publicó la sexta edición de *El viajero de Praga* con el prólogo de Juan Villoro. La Universidad San Francisco de Quito USFQ, en el año 2018 editó *Cuentos reunidos* con el prólogo del escritor mexicano Pedro Ángel Palou. En 2019, el autor publicó *Roldán* con ilustraciones de Jorge Velarde. En 2021 la editorial Pre-textos publicó su última novela *El coleccionista de sombras*.



Jardín Capelo



Javier Váscenez

Dragon Books

Universidad San Francisco de Quito USFQ, Quito 170901, Ecuador.
<https://usfqpress.com>

Jardín Capelo

Javier Vásconez

Producción editorial: Andrea Naranjo

Transcripción de la novela: Sandra Araya

Diseño de cubierta y diagramación: Krushenka Bayas Ramírez

Revisión de estilo: USFQ PRESS

Jardín Capelo en *Novelas a la sombra* de Javier Vásconez, pp.13-131

D.R. © 2016, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho Ajusco 227, 14110 Ciudad de México

Esta edición consta de 300 ejemplares

Para esta edición:

© Universidad San Francisco de Quito USFQ, 2025

© Javier Vásconez, *Jardín Capelo*, 2025

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN USFQ PRESS: 978-9978-68-321-7

Primera edición: agosto, 2025

Tiraje: 300 ejemplares

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal, Quito – *Printed in Ecuador*

Catalogación en la fuente Biblioteca de la Universidad San Francisco de Quito USFQ.

Vásconez, Javier

Jardín Capelo / Javier Vásconez. – 3ª edición. – Quito : USFQ

Press, ©2025.

p. : cm.

ISBN: 978-9978-321-7

1. Novela ecuatoriana. – 2. Literatura ecuatoriana. – I. Título.

CLC: PQ8220.32 .A83 J37 2025

CDD: Ec863

OBI-211

Jardín Capelo



Javier Váscenez

 Dragon
Books

Prólogo

El último jardín

En las primeras páginas de esta singular novela, el personaje, Manuela, se encuentra con un ataúd vacío que pronto contendrá el cuerpo de su madre moribunda. Fascinada, la niña contempla el féretro colocado en posición vertical. Palpa su interior forrado con «reluciente tela de espejo» y contempla su rostro «reflejado en el cristal de la caja». Luego, coloca un botón de nácar entre «pliegues acolchados del ataúd». El narrador nos dice que este gesto fue «la ceremonia del adiós». Es un guiño emblemático, ya que los vínculos entre los vivos y los muertos son un *leitmotiv* de la novela y de los personajes atrapados en la penumbrosa zona de lo fantasmal. En este escenario de ruinas donde los escasos signos de modernidad coexisten con profundas cicatrices históricas, el pasado, el presente y el futuro se yuxtaponen.

Novela de atmósfera cautivadora y asombrosa, *Jardín Capelo* revela su poder literario en su intensa evocación de

la decadencia, la ruina y el entorno amurallado que impregna el ambiente andino de Quito y sus alrededores. El elenco de personajes, los sutiles pliegues temporales de la historia y la tensión emocional están ahí, por supuesto, para estructurar hábilmente la narrativa. Pero lo que realmente impacta es la sofocante y espesa atmósfera que emana de esta prosa. *Jardín Capelo* es, ante todo, un jardín literario cuya escritura dialoga con autores selectos y el género de la novela gótica. Los temas de la mansión en ruinas, la familia señorial degradada, el resentimiento de los subordinados, el crimen vengativo, el amor imposible y la inquietud del pasado han inspirado innumerables páginas desde el Romanticismo hasta la actualidad. Sin embargo, lo que la escritura de Javier Vásconez nos ofrece brillantemente es su inquietante expresión en los paisajes melancólicos de esta ciudad y su campiña, llenos de recuerdos de la hacienda.

Evitando un realismo prescriptivo con sus efectos de sentido común, la escritura de esta novela revela una espacialidad experimentada y fantasmagórica. Tejiendo un palimpsesto temporal, la narrativa entrelaza las historias del presente de Manuela, hija de un padre alcohólico sumido en la repetición y sobrina del antiguo dueño de la heredada, Jardín Capelo, el abogado Leonardo Ruy Barbosa, y el pasado de esa familia, marcado por el asesinato de su esposa y el amor prohibido entre su hija, Lorena, y Jordi Sorella, el jardinero catalán contratado para plantar un jardín europeo en el paisaje andino de la casona.

Enviada por su padre en busca de un legado perdido, Manuela llega a Capelo en la decadencia del presente, donde la mansión, con su inconfundible «galería de azulejos con estrellas azules y blancas», ya no recibía los pasos de los vivos, la piscina estaba colmada de escombros, el techo herido de agujeros, y las ventanas agrietadas. En Capelo, Manuela conoce a Saturnino, el sirviente indígena, figura central en el

pasado de Lorena y Jordi, y personaje que encarna la decrepitud de la casa y el persistente resentimiento de los subalternos. La presencia de Saturnino en las ruinas de la mansión refuerza la inmovilidad del dilema histórico. La decadencia de los amos no redime la vida de sus sirvientes.

Como se revela en su gesto ante el ataúd de su madre, Manuela es una emisaria del presente que construye su vida ensombrecida por el pasado. Los signos de modernidad que emergen en la novela, como la televisión que muestra la locutora con *piercing* en la sala de su padre, la comida enlatada que Manuela lleva para almorzar en su visita a la casa señorial y su propia mochila juvenil, no cambian las estructuras sociales fallidas que se perpetúan. Incluso cuando salió para vivir en París y en sus andanzas en esa ciudad, Manuela siguió el camino de una *flâneuse* cuyos pasos evocan los paseos letrados del pasado. En su visita al Jardín Capelo, recuerda no solo su pasado, sino también la historia de Lorena y Jordi y el amor sin rendición.

Descrita en la novela con sus cantinas populares, callejones empinados, cementerios de ángeles sin cabeza, mansiones ornamentadas y un mercado vibrante, esta ciudad de Quito, por donde el jardinero catalán Jordi vagó en algún momento del siglo XX, aún persiste en su centro histórico. En el entorno de una ciudad rodeada de volcanes, esta mezcla de opulencia barroca dorada y mercado de baratijas, vestigios de fausto burgués y tascas destartaladas, parques con estatuas olvidadas y vendedores ambulantes, mujeres indígenas con faldas ornamentales y escaparates de novias envueltas en nubes de encajes expresa una particular poética quiteña llena de recuerdos.

Todavía hoy, en el estudio del escritor, repleto de libros, y en su comedor, donde se puede ver la pequeña plaza de Santa Clara y la silueta de volcanes y edificios modernos al fondo, quedan vestigios del Jardín Capelo en fotografías,

piezas dispersas de hermosa porcelana y en las siluetas de ángeles barrocos recortadas en la luz crepuscular que ilumina el gran cielo que se ve a través de los ventanales.

Vásconez es el intérprete más talentoso, poético y sutil de este mundo en desaparición y de esta modernidad andina con sus contradicciones, ambivalencias, opresiones históricas e hibridación conflictiva. Una modernidad periférica que hasta hace poco resguardaba a la ciudad de Quito de la excesiva homogeneización del mundo contemporáneo consumista, desarraigado y olvidadizo. Ahora, en la conectividad y la vorágine de los tiempos presentes, esa modernidad periférica se transforma. Las nuevas rutas del comercio ilícito colocan a ese pequeño país en el eje de otra modernidad. En metamorfosis, el jardín letrado se colorea con nuevos matices de rojo. Lo que hace cada vez más precioso el retrato de un pasado que nos habla de poéticas que tanto necesitamos para imaginar otras existencias.

Beatriz Jaguaribe
Río de Janeiro, junio, 2025

1

Durante los primeros días de noviembre, un violento e inesperado aguacero cayó sobre la antigua casona. Una tarde nublada, justo cuando comenzaba el invierno, el aire se tornó tan fresco y húmedo que los sapos cambiaron de color. El agua de la lluvia se asentó en las frondosas copas de los árboles, y las arañas se desplomaban sobre la tierra recién mojada.

Con sandalias y una mochila, Manuela avanzó por el sendero hasta pararse frente a la gran puerta rematada por una cabeza de león. Desde allí contempló la amplia avenida bordeada de fresnos. A su derecha se extendía un gigantesco campo de nabos donde pastaban algunas vacas. De entre las vastas oquedades abiertas en el bosque, a un lado de la entrada, surgió velada por el sol de la tarde la figura de Saturnino Collahuazo. Apareció de pronto, agitando los brazos en dirección a la puerta, indicándole con un movimiento la salida a fin de que se marchara. Luego, se escurrió por detrás de

los matorrales. A Manuela le asaltó un sentimiento extraño cuando un soplo de aire rozó levemente su cara.

Mientras se acercaba a la casa, cargando sin esfuerzo la mochila, se sintió amenazada por la presencia inadvertida de Saturnino, y entonces se acordó de su padre y de la conversación que habían mantenido recientemente. Podía imaginarlo en algún lugar improbable del pasado viajando por el interior de Paraguay, o construyendo una presa hidráulica al sur de Chile. Manuela adoraba a su padre. Lo consideraba inteligente y perspicaz, aunque la soledad y el alcohol había quebrantado su salud.

Cuando Manuela era pequeña, su padre era diferente, jugaba a la pelota con ella, la llevaba a comer ceviche, iban juntos a una piscina de La Merced. Después empezó a molestarle que bebiera tanto y se avergonzaba de él, pero nunca le dijo nada. Hasta los nueve años había ocupado un lugar privilegiado en la vida del padre. Durante ese periodo, el ingeniero le hablaba a menudo de los volcanes, de Plutón, del poder de la sangre, de los ríos y pantanos. Ahora vivían solos, casi incomunicados, en un apartamento de Bellavista.

La muerte repentina de la madre con cáncer de pulmón lo cambió todo. Días antes de que eso ocurriera, un nublado domingo de octubre, Manuela vio a dos hombres vestidos de negro llevando un ataúd con manijas de plata hasta el salón. Lo colocaron de pie junto al aparador de la vajilla, dejando abierta la tapa. Ella se puso de puntillas para atisbar dentro con curiosidad y temor, palpando el interior forrado con una reluciente tela de espejo. Trastornada, Manuela contempló su cara húmeda por el llanto reflejada en el cristal de la caja. Había estirado la mano para acariciar con delicadeza la cavidad mullida del ataúd. Era más alto que ella, y el contacto con esa tela le pareció aún más delicioso cuando arrancó un botón de nácar de su camión y lo hundió entre los pliegues acolchados del ataúd. Fue la ceremonia del adiós.

A solas repetía incansablemente el nombre de su madre hasta que descubrió que podía pasar días enteros sin acordarse de ella. Entonces cayó en cuenta de que en realidad podría vivir sin su recuerdo porque le había bastado aceptar su enfermedad para sentirse felizmente a solas con la imagen de su muerte.

Tal vez por ser huérfana volcó toda su energía en los libros. No sólo que le complacía el influjo benéfico de la soledad cuando se encerraba con llave en su alcoba, sino los esfuerzos concentrados de la voluntad. Poseía un don muy especial para las lenguas. Estudió francés e inglés y, después de especializarse en historia del arte en la Sorbona, siguió con el portugués en la Universidad Católica.

Manuela había vivido en París alrededor de un año. Más que las calles y plazas por las que pasaba a diarios en bicicleta, o incluso más que los lugares señalados como excepcionales en el mapa de la ciudad, Manuela quería registrar su propio París. Con ayuda de la bicicleta, obedeciendo sus impulsos, se deslizaba sin meta de un lugar a otro. ¿Estaba ante una ilusión? ¿Cómo no sentirse impresionada frente a semejante ciudad? Muchas veces se había preguntado, durante el tiempo que vivió allí, cómo podía caber en su cabeza una ciudad tan grande. Para Manuela, París se había convertido en la prolongación de un sueño. Su deseo de conocerla no tenía fin. Por eso mantenía viva en su memoria una tienda de muñecas en la calle Passy, un cementerio lleno de gatos, los árboles de un bulevar abrumados por el peso de los siglos, algún pasaje de la rue Vivianne y también las panaderías que eran tan diferentes a las de otros lugares.

Todos sus paseos parecían crear un vínculo invisible con la ciudad. Manuela sabía que a fuerza de andar por sus calles y plazas terminaría por descubrirla, por levantar un París hecho a su medida. En los insomnios de la madrugada, en la soledad de su alcoba, a Manuela se le antojaba que debía

moverse y observar con más atención a la gente en la calle, oír sus conversaciones en los cafés y ver sus gestos a través del humo de los cigarrillos. En esos instantes olvidaba a su madre, aunque las tardes de domingo le invadía el recuerdo de su casa en la ciudad andina. Pero todo aquello estaba muy lejos y era como si no hubiera sucedido, porque la intensidad de la vida en París, su vértigo cotidiano, el desafío del idioma y de las clases en la universidad la mantenían ocupada la mayor parte del tiempo. Manuela vivía en una casa de una anciana bretona que, con la edad, se había vuelto un poco extravagante. Habían transcurrido seis meses desde que Manuela llegó a la ciudad. Mientras se ocultaba en los libros y todas sus preocupaciones estaban dirigidas a la historia del arte, la vida le resultó llevadera. En cuanto apareció Gérard, para alimentar con el abuso de pastillas estimulantes su desconfianza y suspicacia, el espíritu de Manuela se quebrantó. Al principio, cuando salía a cenar con él y con otros amigos, todos ellos expertos en historia del arte, Manuela no dejaba de apreciar y de festejar esos encuentros en los cafés. Pero lo que gradualmente la sedujo no fue el desparpajo de Gérard a la hora de emitir una opinión, sino el humor lacerante, ponzoso, con que rebatía a sus adversarios.

Por esa época ella iba cada tarde a la biblioteca a recopilar información acerca de algunos pintores latinoamericanos. Una mañana, Manuela creyó mirar por primera vez a la gente que entraba a la sala de lectura de la biblioteca y esperaba parada delante del mostrador para pedir libros. De repente apareció Gérard en la fila. A punto de tomar el libro, lo dejó sin abrir y se acercó con una sonrisa donde Manuela. Aun cuando no era guapo, a Manuela le resultaba atractivo. Al poco rato salieron juntos y caminaron en dirección al Sena, conversando al azar sobre los amigos de la facultad, sobre el último número de la revista *Label* donde aparecía un *dossier* de Ronald Kitaj, a quien no le interesaba

la cultura popular pero sí pintores como Bacon y Lucien Freud. Manuela escuchaba las palabras de Gérard con la misma fascinación con que de niña oía los relatos de su padre cuando viajaba como ingeniero por el continente. Con gesto espontáneo, apretó la mano de Gérard al llegar a las escaleras de Montmartre, cuyos escalones la condujeron a un hotel donde reinaba un silencio de ciudad de provincia. Ahí comprendió las palabras de Green: París es una ciudad de escaleras que excitan la imaginación.

En la habitación del último piso, Gérard no pudo soportar la impaciencia y, empujándola con habilidad hacia la cama, le abrió inmediatamente la blusa. Esa mañana le habló con voz temblorosa al oído, mientras ella contenía el aliento por miedo a que Gérard se callara, porque le gustaba oír las suculdades que le decía al bajar por el declive de sus senos.

Dos meses después ella aún se conmovía cada vez que se encontraba con Gérard en esos hoteles que semejaban madrigueras. Manuela era decididamente sentimental, su apasionada preocupación por Gérard la confundió hasta el extremo de cegarla. ¿No había advertido el abismo que se abría entre ellos? Si hubiera puesto más atención a los extraños comportamientos de su amigo (en una ocasión, mientras estaba en el baño lo vio sustraer un billete de su cartera), quizá se habría percatado del aturdimiento y el desorden en el que vivía. Con el paso del tiempo, Gérard se volvió una carga para ella, pues empezó a pedirle pequeñas cantidades de dinero. Aun sabiendo que no valía la pena discutir, ya que el dinero seguramente terminaría convertido en pastillas estimulantes, ella accedió. Una noche Gérard estuvo a punto de golpearla. Aún recordaba el ruido de la escalera cuando oyó el timbre. Gérard se había presentado a media noche, descalzo, con los ojos desorbitados. Al entrar dio unos pasos decididos hacia ella mirándola con un odio incontenible. Manuela abrió la boca, pero él se contuvo y ella no llegó a gritar.

A los pocos días Manuela fue donde uno de sus profesores y le pidió que la enviara a hacer una investigación en otra ciudad. Frente a un ventanal de la biblioteca contra el que golpeaba con violencia la lluvia, Manuela decidió que debía irse de París. Al volver a la calle Passy, tomó por última vez en sus manos la estatuilla con los brazos levantados que la anciana conservaba en una mesa del salón, la hizo girar lentamente mientras examinaba su cabellera de bronce desde diversos ángulos. Subió a su habitación, sacó la maleta del armario, guardó unos libros y la ropa en ella. Luego fue a despedirse de la anciana, cuyo rostro serio y sus ojos sagaces la contemplaron fijamente, mientras un travieso mechón ondeaba sobre su frente. Antes de cerrar con candado la maleta estuvo tentada de escribir una carta a Gérard, pero se arrepintió a tiempo. Le faltaba experiencia para ese tipo de cosas. Al día siguiente se marchó a Besançon, donde se quedaría dos meses. Había empezado a lloviznar cuando se dirigió a la estación.

El ladrido de un perro por el jardín interrumpió el recuerdo de París, hubiera querido regresar a esa ciudad, recuperarla en la hondura del silencio, anular las distancias y escuchar el murmullo de sus calles, ascender con el tibio sol de otoño por sus escaleras. Volvió a recordar al ingeniero que dormía en su cuarto al fondo del pasillo, rodeado de sofás desvencijados, cortinas descoloridas por el sol, un cubo de plata con el hielo derretido y publicaciones de la Escuela de Ingeniería. A veces se lamentaba por haber regresado de París sin terminar sus estudios. En verdad, había necesitado mucho reposo, olvido, para soportar la temprana muerte de su madre y la vida que llevaba con su padre, pero una tarde, poco antes de su visita a Capelo, el ingeniero la había invitado a su alcoba. La televisión estaba encendida en una pequeña sala a un lado

del pasillo. A Manuela le gustaba oír la voz de los locutores y los conjuntos de música moderna, pero no siempre prestaba la debida atención a otros programas. Esa tarde apareció en la pantalla una mujer guapa con un *piercing* en la nariz, hablando desde el restaurante Wasabi junto a una mesa con mantel blanco acerca de las delicias y ventajas nutritivas del sushi. Manuela apagó la televisión antes de entrar. Durante más de cuatro horas estuvo hablando con él. Parecía la primera vez que ella escuchaba ciertos pasajes de la historia familiar. De no haber sido por la forma insistente con que su padre se iba poniendo *whisky* en un vaso, sentado en el borde de la cama, con aire altivo y una sonrisa de borracho en los labios, Manuela no le habría prestado tanta atención. Fue cuando le contó que los vecinos de los alrededores sostenían que Capelo era la hacienda mejor dotada para la agricultura por encontrarse junto al río.

Al oír la voz del ingeniero se preguntó cuándo había empezado a llenarse la casa de botellas. Cada día descubría nuevas revelaciones acerca de la crueldad y miseria de los borrachos. Manuela había vivido en la más absoluta desolación. Por las noches escuchaba a su padre subir con precaución las escaleras. Evitaba hacer ruido para no despertarla, sin saber que cualquier crujido era la señal para que Manuela se ocultase entre las sábanas, aparentando estar dormida a fin de rehuir el beso con aliento a *whisky* en su mejilla.

Manuela se levantó con sigilo para graduar la pantalla de la lámpara en el velador. El ingeniero alargó el brazo y la cogió de la mano. «A partir de cierta edad, uno vive en un páramo. En esta casa hace mucho frío. Si por un momento dejara de sentirlo, pensaría que estoy muerto. El frío es tan humano como el dolor y es la señal de que aún no hemos muerto», le había dicho. «A todos nos pasa», replicó ella moderando el tono de voz. «Bueno, te hice venir porque creo que debes ir a Capelo. ¿Te acuerdas todavía de ese lugar?». Tan pronto

oyó el nombre, Manuela posó una mano en el hombro del ingeniero y le obligó a girar la cabeza. «¿A la casa de los fantasmas?», preguntó con ironía. «Sí, puede que encuentres algo interesante. Un mueble, un adorno de valor», repuso agitando una mano en el aire. «Pero ni siquiera sé si hay una cama disponible», añadió. «¿Vive alguien allí?» «Saturnino, el guardián de toda la vida», dijo el padre. «Es un indio de la Amazonía. ¡Calcula los años que lleva en la casa! Creo que su apellido original era Payaguaje, pero le conocemos desde siempre como Saturnino Collahuazo». «¿A qué viene ese súbito interés por saber lo que hay allí?», preguntó Manuela con un enfático movimiento de la cabeza. El ingeniero había alzado la vista, cogiendo instintivamente la botella. «Con mi hermano Leonardo siempre tuvimos diferencias. Además, nos separaba la edad. Leonardo era el mayor. A su muerte, me ocupé un tiempo de Capelo. Me limité a cubrir los impuestos y a pagarle al guardián, aunque, en justicia, le hubiera correspondido a Lorena, por ser la hija de Leonardo». «¿No fue ella la que tuvo un accidente de auto en Vancouver?», intervino Manuela. «De no ser por el asunto con el catalán, habría sido la propietaria de Capelo», dijo. «Oye, papá, ¿por qué no me cuentas qué pasó entre Lorena y el catalán?», le preguntó, mirándolo a los ojos. «No es que no quiera decirte, hija. De esa época también me acuerdo de Delia. Creo que era una de las sirvientas de Leonardo», agregó el ingeniero al cabo de un instante abriendo los ojos.

Mientras miraba con fijeza a su hija, como si despertara de un sueño, la mente del ingeniero se trasladó al pasado. A diferencia de Leonardo Rui Barbosa, Manuela pensaba que su padre no era un hombre ambicioso. Para él Capelo había sido un lugar como cualquier otro, anodino, impersonal, lleno de recuerdos y fantasmas. En los últimos tiempos se había limitado a aparecer por allí a comienzos de cada mes para cancelar el suelo del guardián.

El ingeniero se había inclinado hacia el velador, cogió la botella y se sirvió otra dosis de *whisky*. Con el vaso en la mano, sin llevárselo a la boca, como obedeciendo a un extraño impulso interior, prosiguió: «Por los rumores recogidos aquí y allá llegué a la conclusión de que el jardinero había muerto intoxicado, aunque también se habló de celos». Tras este último comentario, Manuela observó de nuevo el rostro de su padre, abotagado, con bolsas debajo de los ojos. «Bueno, no hay por qué creer todo lo que dice la gente», concluyó el ingeniero. Sus ojos se abrieron ante la presencia de Manuela. La miró con indiferencia, pero no dijo nada. Manuela había colocado sobre una mesa al lado del ingeniero una botella llena de agua, dos vasos limpios y un cubo de hielo. Dudó un momento al ver que su padre levantaba la mano temblorosa para instarle con rudeza a que abandonara la habitación. Tenía los ojos semicerrados, como si estuviese en otra parte y quisiera que ella se volviese invisible.

Incorporado con grandes cojines en la espalda, el ingeniero estaba cubierto por un deshilachado chal de flores sevillano que había pertenecido a su esposa. Tenía el rostro demacrado. Al acercarse, Manuela se percató del mal color de su cara. Gotas de sudor resbalaban por su frente.

A Manuela le desagradaba recordar esa época en la que ella, cuando era todavía una niña, durante tantas noches, sola en su cuarto, había recibido tan sólo noticias desgraciadas. Sí, le daba miedo volver a esa zona de incertidumbre, a los días en que su madre lloraba la ausencia del marido. Pues ni siquiera cuando estaba enferma el ingeniero abandonaba las obras que dirigía en aquel tiempo en Loja. Aún recordaba a su madre acostada entre cojines, en la cama, con un camisón celeste, adornada por los somníferos, o dando sorbos a un tazón muy grande de porcelana.

Manuela salió y volvió al poco rato con galletas y un plato de paté. El ingeniero ni siquiera miró lo que trajo en la bandeja. «¿No has comido todavía?», le preguntó sin prestar atención a cómo ella untaba paté en las galletas. «Ese jardinero, ¿no es el que vino a diseñar el parque de Capelo?», preguntó Manuela. «Sí», dijo. «Leonardo lo contrató y el jardinero cometió la imprudencia de enamorarse de su hija. Años después, llegó una carta de una mujer llamada Nuria desde Barcelona a la Embajada de España. La carta iba dirigida al cónsul, y solicitaba información sobre la muerte del catalán». «¿Cómo cayó la carta en tus manos?» «Por un funcionario de la Embajada, al que yo conocía de antes». «¿Y qué hiciste?» «Me limité a decir lo que sabía. Que el jardinero había muerto intoxicado».

Con el rostro descompuesto, el ingeniero no parecía consciente de lo que ocurría a su alrededor. «Papá, ¿nunca te interesó esa propiedad?», le interrogó Manuela. «¡Escúchame bien! Una casa pertenece tan sólo a una persona. Y esa casa fue siempre de Leonardo», dijo cerrando de nuevo los ojos. A ella le dio la impresión de que su padre dormía, pero la tensión de las manos en el vaso le indicaba lo contrario. Su barba gris, apelmazada, le envejecía más el rostro. De pronto, el ingeniero volvió la cabeza para decirle:

—Acabemos con esto, ¡y de una vez! Debes ir a Capelo —le dijo con un hilo de voz—. A ver si puedes hacer lo que yo no fui capaz.

Muchos años atrás, Saturnino había llegado a adquirir cierto renombre en el valle. Se lo consideraba hombre serio y trabajador, pero lo que Manuela no podía saber es que los empleados y sirvientas tenían opiniones diversas acerca de él. Para algunos, era un hombre despojado de sentimientos. Otros, en cambio, aludían a su enorme capacidad para el fingimiento y el disimulo: era, decían, como si tuviese el